

HISTORIA AMBIENTAL DE LAS APROPIACIONES TERRITORIALES EN LA PATAGONIA CHILENA NOR-CENTRAL: LA TRAPANANDA COMO FRONTERA INTERIOR

FRANCISCO THER-RÍOS^a, CARLOS HIDALGO GARRIDO^b, JUAN CARLOS RODRÍGUEZ TORRENT^c, ALEJANDRA LAZO CORVALÁN^d, RICARDO ALVAREZ-ABEL^e & JUAN SAÉNZ PASSERON^f

RESUMEN

El objetivo del presente artículo es sistematizar la historia ambiental de la Patagonia chilena a través de las ocupaciones territoriales en la región de Los Lagos y región de Aysén. Se narran las diversas transformaciones ocurridas en los procesos de uso de recursos, conforme a experiencias propias del período prehispánico, colonial y republicano; también se realzan las cualidades de las ocupaciones territoriales en su dimensión histórica y biocultural, revisando fuentes diversas que en conjunto apuntan a distinguir los territorios políticos, económicos y vividos. Los resultados demuestran que esta historia ambiental, presentada de manera no lineal, ha sido posible en los marcos de un Estado ausente que ha creado condiciones geopolíticas de una frontera interior y de administración a distancia.

PALABRAS CLAVE: apropiaciones territoriales, colonización, frontera interior, historia ambiental, Patagonia.

ENVIRONMENTAL HISTORY OF TERRITORIAL APPROPRIATIONS IN NORTHERN CENTRAL PATAGONIA: TRAPANANDA AS INTERNAL FRONTIER

ABSTRACT

The objective of the following paper is to systematize the environmental history of the Chilean Patagonia through its territorial occupations in the Region of Los Lagos and the Region of Aysen. The diverse transformations that took place in the process of the use of resources are narrated according to the respective experiences of the prehispanic, colonial and republican periods; the particularities of the territorial occupations are highlighted in their historical and biocultural dimensions, reviewing a variety of sources with the aim of differentiating political, economic and lived territories. Results show that this environmental history, presented non-linearly, was possible under the framework of an absent State which created the geopolitical conditions for an internal frontier and a remote administration.

KEY WORDS: territorial appropriations, Settling, Internal Frontier, Environmental History, Patagonia.

^a Universidad de Los Lagos. ✉ fther@ulagos.cl;

^b Universidad del Desarrollo. chidalgarrido@gmail.com

^c Universidad De Valparaíso. juancarlosrodriguez@yahoo.com

^d Universidad de Los Lagos. alejandra.lazo@ulagos.cl

^e Fundación Superación de la Pobreza & Universidad de Los Lagos. tajataf@gmail.com

^f Consultor / Ministerio de la Vivienda. jsaenzpasseron@ug.uchile.cl

ANTECEDENTES TERRITORIALES

La Patagonia corresponde a una amplia y variada área del sur-austral de Chile y Argentina. Se trata de un territorio privilegiado por su extensión y su rica diversidad biológica y cultural (Figura 1. Localidades de la Patagonia chilena nor-central.). Consideraremos aquí especialmente la Patagonia chilena nor-central, zona que empieza en el seno de Reloncaví y que recorre una parte importante de la zona continental cercada por la baja cordillera de los Andes al este, y por los canales, archipiélagos y golfos al oeste, hasta el fin de la obra vial en Villa O'Higgins. Pondremos especial énfasis en el estudio de la historia ambiental, dando cuenta de las interacciones entre sociedad, ecosistemas y transformaciones, intentando develar las distintas apropiaciones socioculturales (Gallini, 2005; Núñez *et al.* 2014, 2019; Rodríguez *et al.* 2014, 2019; Ther, 2011; Vieira & Weber, 1997). Recurriremos a diferentes tipos de fuentes secundarias, como bitácoras de viajes de exploradores y reportes científicos (Castro Herrera, 2005; Simmons, 1993), con el fin de reconstruir sintéticamente la historia ambiental de esta zona, contribuyendo a su problematización en tanto territorio de frontera interior.

La idea de frontera interior es subjetiva y estructural. Corresponde a una autopercepción, como territorio vivido, de lejanía de los habitantes de estos territorios, especialmente en cuanto a dónde se toman las decisiones que les afectan. Ciudadanos y ciudadanas que se sienten viviendo en “una suerte de país aparte”, determinado por el centralismo de las decisiones y la política pública, la escasa disponibilidad de bienes y servicios especializados; con importantes brechas económicas, sociales y culturales; desconectado de centros políticos y administrativos, postergado, con dificultades de acceso y conectividad, y vinculado marginalmente a las acciones del Poder Ejecutivo y a la población nacional (Rodríguez *et al.* 2019), fenómeno que sigue vigente, principalmente en sus pequeñas localidades (Fundación Superación de la Pobreza, 2020) y territorios preferentemente archipelágicos (Álvarez *et al.* 2017).

Nuestra unidad de análisis comprende dos regiones de la administración política chilena: la región de Los Lagos y la región de Aysén del General Carlos Ibáñez del Campo. La primera se ubica entre los paralelos 40°13' y 44°3' de latitud Sur y entre

los 74°49' a 71°34' de longitud Oeste, limitando por el norte con la recientemente creada región de Los Ríos, por el sur con la región de Aysén, con el océano Pacífico por el oeste y la República Argentina por el este. Una de sus principales cualidades es que en ella se unen la parte continental e insular del sur de Chile con el sumergimiento del valle central, que da comienzo al territorio sur-austral chileno y a lo que se conoce como Patagonia. Ahí, domina un clima templado lluvioso y una pluviosidad que varía entre los 1.700 y los 2.500 mm anuales. Más al sur, en Chaitén y Hualaihué caen unos 3.500 mm, y en la región de Aysén, en islas Huichas pueden superar los 4.000 mm. Presenta relevantes cuencas hidrográficas (ríos Maullín, Petrohué, Puelo, Palena, entre otros), lagos que evidencian la importante actividad glaciario del pasado (donde destaca el lago Llanquihue, que alcanza los 860 km² de extensión) y hasta 11 Áreas Silvestres Protegidas (6 Parques Nacionales, 2 Monumentos Naturales y 3 Reservas Nacionales). Este abundante patrimonio natural alcanza una superficie de 48.584,5 km² (6,7% de la superficie de Chile continental), vive una población estimada de 836.256 habitantes y se desarrolla una economía caracterizada por actividades económicas ligadas al sector primario, particularmente a la acuicultura, la ganadería y la actividad forestal. Administrativamente, la región de Los Lagos se encuentra dividida en 30 comunas distribuidas en cuatro provincias: Osorno, Llanquihue, Palena y Chiloé. Sobre todo Palena es de importancia en la unidad de estudio porque cuenta con dos pasos fronterizos en las comunas de Futaleufú y de Palena, de uso frecuente para la satisfacción de cuestiones alimentarias, sanitarias, educativas y de conectividad, tanto con las ciudades argentinas como las ciudades de más al norte de Chile; mientras que Chiloé continental corresponde a una unidad territorialmente significativa, debido a la actividad ganadera estacional desarrollada en la comuna de Chaitén, con influencias socioambientales y colonizadoras que se generaron en viajes entre Chiloé y Palena.

La región de Aysén, del General Carlos Ibáñez del Campo, se emplaza al sur de la región de Los Lagos. Se trata de un territorio extenso, tardíamente incorporado en el imaginario a la administración estatal, más bien desconocido, una incógnita - en palabras de Hernán Ortega y Annabella Brüning (2004) - antes que una certeza para el Estado

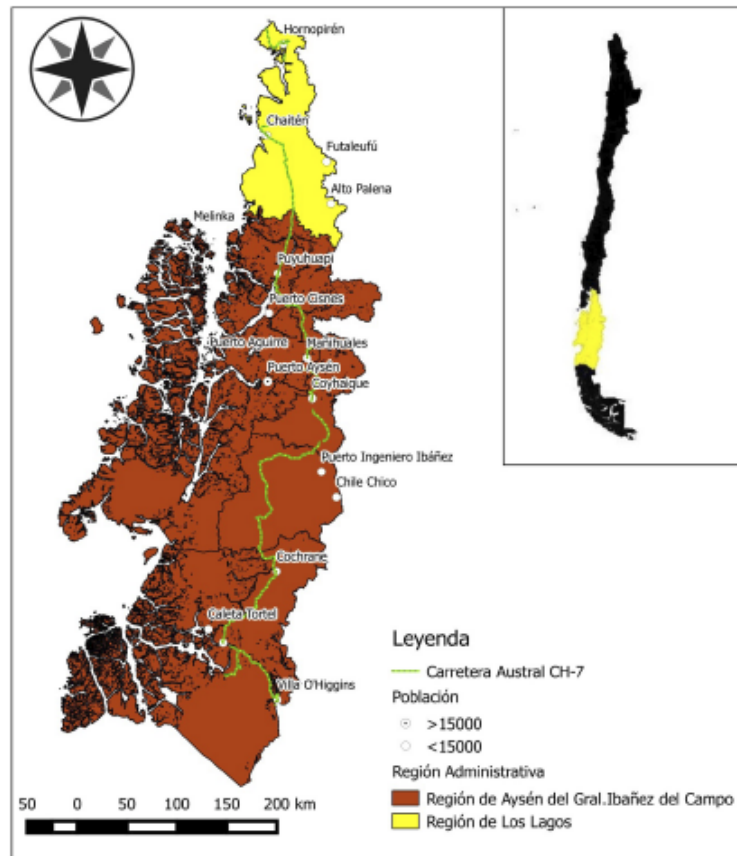


Fig. 1. Localidades de la Patagonia chilena nor-central.
Fuente: Elaboración propia.

chileno y reconocido como parte de una condición invertebrada del país, por el fracaso del proyecto de regionalización (Cheyre, 2012). Ubicada entre los paralelos 43°38' y 49°16' en extensión norte-sur, limita con la región de Los Lagos por el norte y la región de Magallanes y la Antártica chilena en el sur, y entre los límites internacionales con Argentina por el este y el océano Pacífico por el oeste. La región presenta una singular geografía y accidentes naturales que han influido en su relativa desconexión con el resto del territorio nacional, destacando igual que el caso de las comunas de Palena y Futaleufú por un *habitus* transfronterizo binacional, con relaciones comerciales, de trabajo y parentesco político y consanguíneo de antigua data, inclusive anteriores a la formación de los Estados nacionales.

No sólo es considerable su amplia extensión, la que alcanza los 108.494,4 km² y que representa el 14,2% del total nacional continental, sino que

también influyen su particular orografía y fisonomía, resultado de drásticos acomodamientos tectónicos entre las placas de Nazca, Antártica y Sudamericana, y del factor glacial que, desde el Pleistoceno, habría jugado un papel clave en la modelación morfológica. Su indudable variedad de configuraciones geofísicas y biológicas la hacen una unidad difícil de englobar. Se puede realizar una distinción sobre el territorio aysenino en base a características morfológicas, pero que además interrelaciona con diversos climas y especies de flora y fauna. Mateo Martinic (2004) identifica tres zonas primarias: en primer lugar, un sector insular-peninsular, localizado en la porción más occidental de la región y que corresponde a los archipiélagos de las Guaitecas, los Chonos y la península de Taitao. Este sector se habría conformado a partir de múltiples accidentes tectónicos y, principalmente, por el hundimiento de la porción continental y de la cordillera de la Costa, aflorando

sólo alguna de sus altas cumbres que dan forma al actual aspecto fragmentado del territorio. Dentro de él también se ubica lo que corresponde a la depresión intermedia en las regiones más al norte, que en este caso se hunde y transforma en el canal Moraleda. Este sector tiene un tipo especial de clima, el marítimo templado frío lluvioso, de alta pluviosidad (aproximadamente 2.500 mm anuales), con un promedio de temperatura entre los 7° y los 9° Celsius. Este clima favoreció un tipo especial de biomasa vegetal, de carácter forestal y que en este sector particular se denomina pluriselva chilota aciculifolia. Una segunda sub-unidad territorial es la sección central continental, caracterizada por las fuertes quebradas que la componen por ser parte del cordón de Andes patagónicos. Se trata de un sector además atravesado por importantes ríos y otros accidentes geográficos, que junto con la imprevisibilidad de las condiciones climáticas han condicionado las actividades agrícolas de la región (todas las temperaturas y estaciones en un día). También tiene el tipo climático de la zona insular-peninsular, pero muestra una pluviosidad más sostenida en el sector sur-occidental, cercano al límite con la región de Magallanes (clima templado frío con gran humedad). Finalmente, se encuentra la gran faja, o sección oriental. De relieve menor que en el sector central y occidental continental, es cuna de los grandes ríos que componen esta región: Palena, Cisnes, Baker y Aysén; así como de dos de los más grandes lagos nacionales, el General Carrera y O'Higgins. De vegetación más escasa que en los casos anteriores, muestra en su porción más occidental un clima transandino -en una cordillera de baja altitud- con vegetación estepárica y en su porción más oriental presenta un clima estepario frío, descendiendo el promedio de lluvia a medida que se aleja de la zona costera (menor a los 600 mm). Es importante mencionar que cerca del 50% del territorio se encuentra dentro del Sistema Nacional de Áreas Silvestres Protegidas del Estado, o SNASPE (mayor sistema de áreas protegidas en Chile, con más de 5 millones de hectáreas sólo en parques nacionales); además posee el 29% de los recursos hídricos del país (aunque no en manos del Estado) y el 30% de los recursos forestales nativos del mismo. De esta manera, nuestra unidad de análisis territorial queda conformada por la provincia de Palena en la región de Los Lagos, es decir, la sección continental al este

del mar interior de Chiloé, y por la segunda y tercera sub-unidad territorial aysenina.

MODELOS DE APROPIACIÓN TERRITORIAL

Poblamiento

La investigación arqueológica ha entregado evidencias diversas sobre el poblamiento temprano de asentamientos y prácticas prehispánicas. Existen sitios de suma importancia para el desarrollo de las teorías sobre el poblamiento americano donde ocupa un lugar principal el arte rupestre de manos en negativo y de ciertos animales en sitios como río Chacabuco e Ibáñez, El Pedregoso, Lago Verde, entre otros. De acuerdo a Álvarez (2004), el poblamiento en el territorio patagónico chileno septentrional comenzó entre el 5.000 y el 6.500 años AP, mientras que para la zona meridional existen fechados que alcanzan a los 7.000 años AP (Álvarez *et al.* 2008). De acuerdo a Munita (2007), los primeros habitantes de Aysén correspondían a grupos con manejos eficientes del medioambiente y una tecnología lítica apropiada a las condiciones costeras del Holoceno medio y tardío. La misma autora señala que la evidencia material sugiere que se puede hablar de un Núcleo Ecotonal Septentrional, que se extendería entre los 39°39' y los 47°, a lo largo del borde costero pacífico y del interior, en el cual se encuentran coincidencias culturales y un panorama arqueológico coherente. En el territorio norpatagónico chileno existen tres grandes grupos indígenas de arraigo prehispánico: Chono y Kawésqar, grupos culturales canoeros que transitaron en el sector insular de la región de Aysén; y, Tehuelche, una sociedad cazadora-recolectora de la Patagonia continental (Araya, 1991; Martinic, 2004; Mayorga, 2020; Ortega & Brünning, 2004). Mientras los Kawésqar continuaron ocupando hasta el día de hoy sus archipiélagos de antaño, los otros dos grupos fueron afectados por fenómenos de desmantelamiento cultural (Reyes, 2017), que para el caso de los Chono consistió en "(...) un rápido proceso de transformación cultural, con desarraigo y despoblamiento del archipiélago en menos de 200 años, a causa de los traslados forzados de población como mano de obra esclava y, posteriormente, por los procesos misionales jesuitas, además de enfermedades, enfrentamientos que terminaron en matanzas, mestizaje con grupos de raigambre

Huilliche del archipiélago de Chiloé y con grupos canoeros australes, producto de los traslados forzados o bien por el alejamiento de las rutas más transitadas hacia otros sectores del archipiélago” (*Op. cit.* 377).

Si bien suelen considerarse estos tres grupos prehispánicos para el territorio de la región de Aysén, debemos hacer mención a otra cultura prehispánica, y que se habría desplegado principalmente en lo que hoy se conoce como región de Los Lagos, específicamente en el archipiélago de Chiloé. Los Williche fueron un pueblo que habitó desde las cercanías de la actual ciudad de Valdivia hasta la isla de Chiloé. Sedentarios, a diferencia de la cultura Chona, nómada del mar, desarrollaron junto a importantes conocimientos del mar, la pesca y la recolección de mariscos, una agricultura menor marcada por el papel central del cultivo de la papa y el maíz, y la crianza de camélidos denominados chiliwekes. La importancia del sustrato Williche se debe a que su territorio habría de proyectarse por el golfo del Corcovado hasta el actual archipiélago de las Guaitecas y hacia la plataforma continental. Una fuente significativa de evidencia arqueológica proviene de los conchales y corrales de pesca. Estos últimos corresponden a muros construidos con piedras preferentemente emplazados en costas de mar interior; varas de madera generalmente utilizadas en zonas lacustres o ribereñas; o, redes que actúan como trampas para peces que ingresaban a las estructuras con las subidas de las mareas y que quedaban atrapados con los retrocesos de las mismas (Álvarez *et al.* 2008). Su distribución espacial es posible rastrearla hasta el canal Beagle, siendo utilizados por grupos de subsistencia más terrestre como también por canoeros cazadores-recolectores (Álvarez, 2016; Mayorga, 2020; Munita *et al.* 2016). Álvarez y colaboradores (2008) señalan que se trata de sitios indicativos de una clara adaptación cultural a ambientes litorales; y, si bien demandan una fuerte inversión inicial de trabajo en su construcción, minimiza la actividad cotidiana en la obtención de recursos una vez instalados. Esta práctica requiere de conocimientos directos del medio, como los ciclos de mareas y comportamiento de la fauna ictiológica.

Aunque los Williche del archipiélago de Chiloé son un referente de importancia debido a su influencia en la Patagonia continental, hay que recordar que los Tehuelche o Aonikenk habitaron el territorio que hemos llamado Patagonia chilena

nor-central. Corresponden a un grupo de pueblos de la Patagonia continental chilena y argentina, que se extendieron desde los valles cordilleranos de la región de Los Lagos hasta el estrecho de Magallanes. Dada su vasta distribución y adaptación, algunos investigadores han clasificado sub-grupos, ya sea por el tipo de lugares que habitaron (Patagonia chilena o argentina), o de acuerdo a identidades culturales-lingüísticas (Casamiquela, 1965; Escalada, 1949). Es posible diferenciar los Aonikenk, habitantes de la Patagonia central, de los Teushkenk (llamados también Chehuache-kénk) y Guéna Kene, habitantes de la Patagonia septentrional, particularmente en la actual región de Los Lagos. Por último, las estrategias de subsistencia se articulaban en torno a la recolección y la caza de guanacos, avestruces y otros animales menores que eran utilizados con fines alimenticios, textiles, habitacionales y como insumos para la fabricación de herramientas domésticas y de caza. Estas actividades y el modo de habitar el territorio pueden caracterizarse como semi-nómada, practicando una movilidad estacional basada en circuitos y paraderos establecidos denominados *Aiken*.

Colonización insular: el rol de los hacheros chilotes en el comienzo de los cambios en la apropiación territorial

Con la expedición de Hernando de Magallanes en el año 1520, se inaugura una particular etapa para este territorio, que marcará significativamente el devenir de la construcción del espacio patagónico. Los conquistadores y colonos españoles llamaron a esta región *Trapananda*, relacionándose de manera distinta y con otra intensidad frente a los espacios ubicados de Chiloé hacia el norte. Salvo algunas expediciones de reconocimiento que habrían sido enviadas desde Santiago (dentro de las cuales destacan la realizada por Juan Ladrillero entre los años 1557 y 1558, y la de Juan José de Moraleda y Montero, entre los años 1787 a 1796), este territorio sólo habría jugado un rol importante para el nuevo gobierno colonial en tanto constituía el corredor imaginario de los corsarios que acechaban constantemente el espacio marítimo del reino de Chile desde el siglo XVI hasta el XVIII. Posteriormente, la administración del Estado en sus intentos por institucionalizar la apropiación territorial enfrentó las configuraciones geomorfológicas del terreno de la Patagonia chilena

nor-central, resultando imposible establecer actividades agrícolas (por el viento, la lluvia, la nieve), base principal sobre la cual se cimentó el proceso de colonización en regiones como la Araucanía y de Los Lagos.

Los asentamientos estables en la plataforma continental y la influencia ejercida por la cultura Chilota-Williche son otros dos factores a considerar en una historia ambiental. De acuerdo a Torrejón y colaboradores (2011), los primeros colonos españoles habrían intentado implementar un modelo económico que combinaba la actividad aurífera y el modo hispano agropecuario en el archipiélago de Chiloé. Sin embargo, ya en el siglo XVII se hizo patente la inviabilidad de este proyecto. De hecho, no es menor considerar que hasta el siglo XX en lugar de usar arado, como ocurría en el resto del territorio, en Chiloé se siguió usando lumas (bastón para arar), continuando una tradición indígena andina de labranza (Paredes, 2020). Si bien inicialmente se instaló como actividad económica el tráfico de indígenas, muy pronto se privilegió una estrategia de apropiación centrada en la actividad forestal de alerces (*Fitzroya cupressoides*) y cipreses (*Pilgerodendron uviferum*), desde el sur de Puerto Montt a Chaitén. De acuerdo a Urbina (2011), habrían sido habitantes de Chiloé, particularmente de Chonchi, Queilen, Curaco de Vélez y Dalcahue, quienes se movilizaron a través del mar interior para explotar estas especies, desplazando los alerzales desde las llanuras hasta los sectores cordilleranos, cada vez más alejados del borde costero. Otero (2006) sostiene que la madera habría sido utilizada como moneda, denominándose a tablas y tejuelas como “real de madera” o “real de alerce”. En la Colonia fue un recurso de exportación hacia Lima, ya que desde mediados del siglo XVII la Compañía de Jesús estableció un poder comprador para todo el Virreinato. Fue también el principal material para construcción de iglesias, viviendas y techos, siendo en 1790 la principal actividad comercial en la provincia de Chiloé (*ibid.*). Torrejón y colaboradores (2011) sostienen que, desde la aparición de los asentamientos y la economía colonial, la superficie que cubría los bosques de alerces en la región de Los Lagos se redujo en bastante más de la mitad, desde unas 617.000 hectáreas en 1550 a tan sólo 265.000 hectáreas¹, sobre todo desde

el período republicano en adelante. Por otro lado, estas sociedades también habrían ejercido presión sobre especies marinas, generando transformaciones en los ecosistemas litorales (Molinet *et al.* 2018).

No sólo se explotaron intensivamente los bosques del archipiélago, sino que también se instauraron faenas de explotación en la plataforma continental, particularmente en el territorio que hoy comprendería la provincia de Palena en la región de Los Lagos. El resto de la Patagonia continuó siendo un espacio imaginado, en el que la producción cartográfica y narrativas volvieron una y otra vez a reproducir los mismos arquetipos construidos inicialmente (Álvarez, 2020). Tras la captura forzada de Chiloé y la instauración de la República (Aravena, 2016) se produce una paradójica postura de indiferencia ante el territorio patagónico. “La Constitución de 1822, llevó tanto a Chile como a Argentina a considerar a la Patagonia como ‘territorio poblado por indios’, sobre los cuales ninguno ejercía soberanía” (Araya, 1991, p. 13). También como *Terra Nullius*, que como tierra de indios era equivalente a tierra de nadie, susceptible de ser explotada: “(...) las soberanías indígenas fueron sutilmente ignoradas y brutalmente erradicadas, y ambos países desarrollaron sus reclamaciones territoriales sobre la base de nociones de «tierra de nadie» para un sur que quisieron creer sin civilización, ni Estado, ni propiedad ni habitantes permanentes, vacío” (Harambour, 2019, p. 16). No sería sino hasta que llegara un extranjero, atraído por el pujante negocio de los durmientes ferroviarios demandados desde Perú y del norte de Chile, que el Estado comenzó a apropiarse de la olvidada Trapananda. Esta apropiación estuvo marcada por la colonización de la porción insular y archipelágica de Aysén, sin considerarse la plataforma continental. Felipe Westhoff Rhodius se asentó en las islas Guaitecas, al inicio de lo que se conoce como archipiélago de las Guaitecas, fundando Melinka el año 1859 e inaugurando el nuevo proceso de integración territorial por parte del Estado nacional. Al estar Westhoff interesado en ampliar y mejorar su negocio, realizó el viaje desde la isla de Chiloé hacia el sur en busca de materia prima, encontrando en las islas del archipiélago frondosos bosques de maderas adecuadas para su empresa, especialmente ciprés (Araya, 1991).

¹ Otero (2006) sostiene que, de cada alerce, se extraían entre 500 y 600 tablas.

Las faenas madereras desarrolladas por Westhoff necesitaron de una significativa cantidad de mano de obra, obtenida principalmente en Chiloé. La ampliación de la actividad permitió que cerca de tres mil trabajadores chilotes llegaran a asentarse, dando comienzo a este proceso de proyección de la cultura chilota sobre el territorio melinkano, sus islas aledañas y sobre la plataforma continental de la Patagonia, extendiéndose hasta Magallanes en el trabajo temporal de la esquila, y de la explotación peletera y de otras especies litorales. El proceso de penetración de la cultura Chilota-Williche sobre los archipiélagos ayseninos y sobre el territorio patagónico chileno nor-central -a comienzos del siglo XX-, habría sido continuado y potenciado por un nuevo y exitoso empresario del ciprés, pero en este caso oriundo de la misma isla de Chiloé: Ciriaco Álvarez, también conocido como “El rey del ciprés”. Esta vez, la explotación se destinó a la demanda de la industria vitivinícola de la zona central del país, principalmente para el ordenamiento de los viñedos (Araya, 1991). La importancia de Álvarez radica en el hecho de movilizar hacia el sur la economía de base maderera, con complemento pesquero incipiente, llegando a lo que actualmente se conoce como islas Huichas. Así, comienza a consolidarse la presión ambiental sobre los territorios insulares de la región de Aysén, posible por la expansión de la fuerza de trabajo chilota, su economía-cultural maderero-bentónica y la primera colonización impulsada por el Estado para consolidar la explotación y exportación de ciprés (Saavedra, 2007; Solari *et al.* 2012).

Estrategia de colonización agraria e industrial: apropiación de la plataforma continental

La apropiación estatal de la plataforma continental del territorio nor-patagónico comenzó recién en la segunda mitad del siglo XIX a través de un hito histórico espacialmente distante. En 1843 se fundó el Fuerte Bulnes en el estrecho de Magallanes, comienzo de la apropiación de la República de Chile de los territorios australes. Cinco años después se funda la primera ciudad chilena patagónica, Punta Arenas, instalando las bases de lo que serán las posteriores expediciones terrestres. De acuerdo con Martinic (2004), fue la disputa de la propiedad del territorio patagón entre las repúblicas chilena y argentina la que motivó la misión de reconocimiento y exploración que fuera encomendada

al comandante Enrique M. Simpson en 1870. La misión fue efectuada en la corbeta *Chacabuco*, en cuatro expediciones realizadas entre 1870 y 1873, de las cuales existen registros de las bitácoras de observación del comandante Simpson, quien escribe:

La época del año en que hemos reconocido estas regiones no puede llamarse propicia, siendo quizás, igual a la peor, así que solo puedo hablar de fuertes temporales, lluvias casi incesantes y neblinas...haciendo difusas las observaciones astronómicas. Esto explica, en gran manera, la inexactitud de las cartas de Moraleda, que contienen, incluso en las latitudes, grandes errores...El valle de Aysén y los terrenos bajos de las islas son puramente aluviales, conteniendo a veces un espesor considerable de tierra vegetal, especialmente en Aysén y otros cajones de la cordillera...tanto las islas como las faldas de las montañas y valles de la cordillera, se encuentran cubiertos de bosques, en su mayor parte difíciles de penetrar por los arbustos, quilas y enredaderas que los tupen e impiden el paso...los árboles más comunes son el roble y el coihue, a veces de hasta cuatro metros de diámetro y 15 de tallo; el laurel, muermo, ciruelillo, ciprés, canelo, avellano, mañío, teniú, tepú y pino...en las islas existen zorros, gatos monteses, lobos de mar, nutrias, coipos y ratones; pero han sido importadas cabras, chanchos y perros. En la cordillera, además de los anteriores, hay leones, venados y ciervos. El ganado vacuno y lanar prospera donde hay pasto...En el valle interior del Aysén no se encontró vestigio alguno de ser viviente ni que la localidad haya sido nunca visitada más arriba de los rápidos...puedo, pues, aseverar sin temor de contradicción, que jamás el hombre ha pisado esas soledades antes que nosotros, pues la escasez de alimentos, incluso hasta de pescados, al fondo del Aysén, es razón más que suficiente para que el salvaje nunca las haya ocupado... (Simpson, 2011, p. 40).

En estas notas predomina eminentemente un lenguaje geográfico, característico de los exploradores, describiéndose el paisaje, los recursos y las cartografías

desarrolladas, e invisibilizándose a los grupos humanos de antaño presentes en el territorio. El aporte de sus expediciones permite la proyección sobre el territorio de instituciones estatales y decisiones asociadas al ejercicio de la soberanía. Así, en 1875, tras la publicación de los informes finales de la expedición de Simpson, el entonces director de la Oficina Hidrográfica de la Marina Nacional, Francisco Vidal Gormaz, habría creado el Departamento de los Archipiélagos dependiente de la provincia de Chiloé (Martinic, 2004).

Es tal la precariedad de la visión territorial política administrativa, que sólo en 1891 comienza el proceso de colonización de Magallanes, sustentado en la entrega de grandes extensiones de tierra a privados, como la Sociedad Explotadora de Tierra del Fuego, que alcanzó el millón de hectáreas. En 1899, Federico Errázuriz Echaurren se convierte en el primer Presidente de la República en visitar Magallanes; y, sólo a partir de 1902 se propicia la colonización de Aysén con estancias ganaderas administradas a distancia, en un proceso que más bien fue de carácter espontáneo, sin asistencia técnica ni modelos de producción sustentables. Este proceso significó el avance de miles de personas y familias que accedieron tanto por la cordillera como desde la costa al interior, las que una y otra vez fueron desplazadas por la fuerza hacia los valles interiores, quedándose con las mejores tierras los empresarios. Esto obligó a estos colonos a tener que adaptar sus costumbres pecuarias a través de veranadas, ya que las tierras que lograron conseguir no tenían las mismas cualidades de aquellas que fueron capturadas por los estancieros. Por la misma razón, y siguiendo las instrucciones dadas por los agentes de colonización, generaron grandes incendios forestales en las montañas para proveerse de zonas de pastura (Fundación Superación de la Pobreza, 2020).

A propósito de lo anterior, el 19 de noviembre de 1902 marcó un hito histórico para el territorio austral, pues es la fecha en que el tribunal arbitral británico dictaminó el laudo definitivo que fijaría el límite internacional entre Chile y Argentina (Muñoz, 1989). Sólo a partir de esta fecha es posible pensar en una Patagonia “chilena”. Para el Estado, este recién

adquirido patrimonio implicaba además la necesidad de ocupar efectivamente alrededor de 10.000.000 hectáreas a través de una política de colonización o explotación, similar a la iniciada a mediados del siglo XIX entre la Araucanía y Llanquihue. Sin embargo, el desconocimiento de las características geográficas dificultaba el cálculo de un número de colonos y sistemas productivos. Así, siguiendo el modelo de Magallanes y Tierra del Fuego, la política de Estado fue de concesionar grandes extensiones prediales a personas naturales y compañías que, aprovechando la coyuntura, proponían al Poder Ejecutivo una serie de adelantos al territorio, entre los que resaltan vías de ferrocarriles, introducción de familias de colonos sajonas, instalaciones productivas y públicas. A tales sujetos Martinic (2004) los denomina “vendedores de ilusiones”, pues los beneficios propuestos jamás llegaron a concretarse.

Aysén, sin caminos ni vías de comunicación expeditas, no logró efectividad en el proceso de colonización. Las empresas ganaderas inglesas asentadas en Valparaíso administraron sus patrimonios sin construir infraestructuras o incorporando tecnología, contratando trabajadores solteros y faltando al compromiso de construir pueblos. Es este escenario el que produjo la cultura del despeje mencionada previamente, constituyendo un proceso de ‘exportación de suelos’ con graves consecuencias ambientales ya que mientras el deterioro ambiental ocurría a escala local, los beneficios económicos de la carne, la lana y los cueros se disfrutaban y experimentaban muy lejos². En este sentido debe diferenciarse la modalidad del roce y del incendio (Sáenz, 2015): la primera como técnica productiva campesina y la segunda como quema masiva que fue propiciada por el sistema estatal de asignación de tierras en Aysén (Núñez *et al.* 2014).

Tanto Ulloa (2014) como Brugerolles (2009) coinciden que, en 1937, con la Ley de Colonización, se entregaron títulos a los colonos con la condición inicial de eliminar 120 hectáreas de bosque de sus predios. De este modo, es difícil sostener que el incendio provocado para estos fines fue motivado sólo para el desarrollo de la actividad agropecuaria, sino también por la intención de obtener títulos de propiedad, lo que se confirma con la crítica de Leonor

² Fenómeno muy similar al que actualmente ocurre en la porción marina de la Patagonia, donde las externalidades negativas provocadas por la industria salmonera son compensadas -para beneficio propio- con grandes ganancias que se disfrutaban lejos de allí.

Ovalle en 1952, en cuanto a que las disposiciones dictadas por la ley otorgarían “la propiedad del suelo, a personas que no cuentan con los medios suficientes y que sólo pretenden adquirir derechos para enajenarlos una vez valorados por el esfuerzo ajeno” (Martinic, 2004). Las consecuencias fueron problematizadas ya en 1952 por el Congreso Nacional, indicando que las leyes de Colonización (N°4.855 y 6.035) “no reglamentaron la roza a fuego como sistema para incorporar terrenos a la producción nacional, produciéndose con esto un grave daño ya que el ocupante lo primero que hace para limpiar terrenos es quemar la montaña (...)” (Martinic, 2004). Además, para completar el cuadro, es importante señalar que el modelo ganadero instalado provocó el desplazamiento y reducción de especies nativas hasta configurar “un desierto biológico” (Bascopé, 2009).

En esta política colonizadora de concesiones y establecimiento del latifundio se evidencia claramente el imaginario predominante en la época, en cuanto a la inmensa tierra disponible e inexplorada. En particular, las solicitudes y adquisiciones podían alcanzar 1.000.000 de hectáreas como el caso de Juan Bautista Contardi, beneficiario del archipiélago de los Chonos e islas Guaitecas en 1903, o incluso la concesión de latitudes como es el caso de Juan Tornero, quien recibe en 1901 el territorio comprendido entre los paralelos 46°40' y 49° S. Así también, los vendedores de ilusiones podían establecer alianzas estratégicas para acaparar mayor territorio, como el caso de Frank Lumley que aparece como beneficiario único en río Cisnes en junio de 1903 y como asociado con Guillermo Jones y José Campelo entre Reñihue y Palena en diciembre del mismo año. El desconocimiento del territorio implicaba grandes errores en la asignación, por lo que 100.000 hectáreas en realidad correspondían a 800.000 hectáreas en el caso de Luis Aguirre en los valles ubicados entre los ríos Mañihuales y Coyhaique.

Un período especialmente relevante se ubica entre los años 1903 y 1928, en el cual se otorgaron en arriendo los primeros terrenos para la crianza de ganados (Villagrán *et al.* 1997) -en un territorio impoluto-, al tiempo que aparecen las que pueden

ser denominadas las tres primeras instituciones formales socioeconómicas que cambiaron el paisaje de la región de Aysén: la Sociedad Industrial de Aysén, la Sociedad Ganadera de Río Cisnes, y la Sociedad Hobbs y Cía. En particular, la primera, asignada por parte del Presidente Pedro Montt, tuvo una extensión de 827.000 hectáreas, situadas en el actual asentamiento de Mañihuales, con su prolongación sur y suroeste, el actual Coyhaique y Coyhaique Alto, la parte norte, oeste y sur del valle Simpson (Aleuy, 2012). Sin embargo, el contrato no fue suficiente para cambiar la fisonomía del territorio, ya que se produjo una distancia sideral entre la administración local ubicada en Puerto Aysén y la casa matriz en Valparaíso, pues dominaron los animales por sobre una población dispersa ligada a la cadena productiva ganadera.

En lo fundamental, si bien el contrato obligaba a radicar de manera exclusiva y excluyente a 100 familias de “raza sajona”, constituyendo la sola promoción para atraer colonos un desafío extra y siendo las condiciones climáticas más benignas que en Magallanes, ello no tuvo impacto³. En la costa, dictada la Ley de Colonización de 1928, las dificultades de la colonización alemana en el canal Puyuhuapi fueron severas como señala Luisa Ludwig (2013), ya que no había población asentada en las proximidades. Entonces, no resulta extraño que cuando Jorge McBride, en 1936, termina de escribir *Chile: su tierra y su gente*, señale con claridad que “una región con una densidad de dos décimos por kilómetro cuadrado, parecería ofrecer abundantes oportunidades para la colonización y no obstante, pocos chilenos han llegado hasta allá... [del Cabo de Hornos a Chiloé] Ha sido y sigue siendo una frontera natural” (McBride, 1938, p. 307).

De este modo, la actividad económica que da vida al extenso territorio se concentra en la ganadería lanar, la compra y venta de ganado proveniente de Argentina, el comercio de insumos de diverso tipo para la subsistencia de la población empleada, aquellos que habían colonizado espontáneamente, y la explotación de maderas. Aun cuando en 1928 el Estado a través de una ley de colonización promovió un verdadero ecididio para Chiloé continental, afirmando que existían 2.400.000 hectáreas disponibles de bosque virgen -que iban de mar a cordillera- para ser rozadas y destinadas

³ Conforme a esta misma cesión, además, se debía abrir una ruta de navegación entre Puerto Aysén (o Chacabuco) y Puerto Montt.

Tabla 1. Tipos de espacio, superficies en hectáreas y a nivel regional.

Fuente: Universidad Austral de Chile, Pontificia Universidad Católica de Chile y Católica de Temuco, 1999 (citado en Escobar, 2011, p. 36).

Tipos de espacio	Superficie en hectáreas	Porcentaje de superficie regional
Zonas urbanas	2.222,1	0,02
Zonas agrícolas	3.378,5	0,03
Praderas y arbustos	1.299.881,2	12,2
Bosques	4.823.555,2	45,1
Pantanos y zonas húmedas	1.146.666,7	10,7
Zonas sin vegetación	1.182.172,4	11,1
Nieves y glaciares	1.811.682,2	16,9
Lagos	392.025,5	3,7
Zonas no reconocidas	36.599	0,3
Total	10.698.182,7	100

principalmente a la ganadería (1.000.000 de cabezas), con una colonización que podía llegar a 100.000 personas, demográficamente no pudo concretarse (Otero, 2006). El Estado, a pesar del laudo arbitral de la Corona inglesa en 1902, obvió su deber y delegó en privados el proceso de ocupación de las tierras vírgenes. No obstante, se habrían quemado entre 1920 y 1940, unas 2.800.000 hectáreas. Sin embargo, desde ahí en adelante el territorio es incorporado dentro de las figuras jurídico-administrativas de la gestión estatal, creándose el 28 de mayo de 1929 la provincia de Aysén⁴, que originalmente consideraba territorios de la actual provincia de Palena (Chaitén, Futaleufú y Alto Palena), y adquiere el territorio magallánico comprendido entre los paralelos 47° y 49°S; y sólo el año 1978 surge la XI Región de Aysén del General Carlos Ibáñez del Campo, como culminación de la idea de regionalización del país que venía siendo diseñada desde ODEPLAN, a partir del año 1965 se formaliza como tal (Martinic, 2004).

DISCUSIÓN: FORMACIÓN Y TRANSFORMACIÓN DE ENSAMBLAJES QUE DESBORDAN LOS PROCESOS DE APROPIACIÓN EN LA NOR-PATAGONIA CHILENA

Las distintas decisiones y prácticas que han dado forma al ensamblaje socioambiental en la Nor-Patagonia chilena han devenido en una particular forma de organización socioespacial, caracterizada

por un amplio territorio bajo gestión pública (donde cerca del 75% de la tierra es de propiedad estatal), y en un reciente cambio en la estructura y dinámica económica regional, dominada ya no sólo por actividades primarias sino también por un turismo incipiente, gatillado y favorecido por la creación de la Carretera Austral (Escobar, 2011).

El panorama a comienzos de la década del 2000 indicaba zonas urbanas y habitadas no muy extensas, zonas rurales determinadas por unos pocos cultivos anuales, poca cobertura de praderas y arbustos, una abrumadora presencia de bosque (cercano al 45% regional) sobre la cual no se articulan importantes actividades de explotación forestal, pues gran parte se encuentra bajo el Sistema Nacional de Áreas Silvestres Protegidas por el Estado, más una importante colonización durante el siglo XX por medio de concesiones ganaderas en conjunto con una no menor migración marítima desde la isla de Chiloé (Grosse, 1990; Escobar, 2011). Parte importante de este escenario responde a una política estatal ya centenaria, basada en concesiones de tierra. La política de los últimos 25 años ha sido mantener el sistema de cesiones, reorientándolas al desarrollo de emprendimientos turísticos o como parte de grandes predios para conservación privada, pero sin fortalecimiento de las condiciones de habitabilidad. De hecho, resulta paradójico que los actuales asentamientos rurales de Aysén tengan villas con viviendas apretujadas entre sí (como si se tratase de

⁴ En principio, fue fundado en 1927 como "Territorio de Aysén", figura jurídica sin fundamento constitucional, compartida por Magallanes para dar cuenta de regiones interesantes económicamente, pero no incorporadas a la vida nacional debido a su desdoblamiento (Ibáñez, 1973; Osorio, 2007).

periferias urbanas), rodeadas de enormes extensiones a las cuales sus pobladores ya no pueden acceder (Fundación Superación de la Pobreza, 2020). A pesar de ello, la valoración por las áreas de conservación ha ganado familiaridad en sus habitantes, pasando de ser calificadas como un freno al desarrollo a un uso legítimo del territorio (Sepúlveda, 2020).

Estos procesos de formación y transformación de ensamblajes desbordan los procesos de apropiación material de un espacio, pues refieren también a fenómenos más profundos de construcción cultural en torno a ejes de significación y producción histórica nacional. Así, el devenir socioambiental en la Patagonia nor-central chilena ha mantenido dos constantes significativas: una ocupación laboral y productiva fuera del desarrollismo de la zona central y el mundo minero de la zona norte, y la conformación de un espacio periférico o frontera interior dentro del espacio nacional, con una abundante producción literaria que ha insistido en configurar a la Patagonia como territorio deshabitado (Álvarez *et al.* 2014). Para Núñez y colaboradores (2014) la condición de aislamiento instalada como referente responde más bien a procesos políticos y no a una condición natural atribuible a la geografía. No es menor considerar que esta noción se ha usado para justificar por parte del Estado las carencias históricas que experimentan sus habitantes. Por ello hoy en día muchos de los reclamos locales no tienen relación con las distancias sino con el sentimiento de invisibilidad que los embarga (Fundación Superación de la Pobreza, 2020).

Al respecto, Núñez y colaboradores (2014) proponen una periodización por medio de la cual sintetizan parte de la configuración de la territorialización de Aysén, donde lo importante es cómo dialogan los territorios políticos, económicos y cotidianos. La periodización arranca con el ya creado Estado de Chile, entre los siglos XIX y XX, cuando Aysén era concebido como “la tierra de entremedio” o “entre dos certezas geográficas” (Bandieri, 2011). Un segundo momento se habría inaugurado en la década del 20 y habría terminado con el comienzo de la dictadura militar (1973), período en el que se propició un modo más directo de colonización estatal y en la que destacó cierta asociación “heroica” de los colonos desplegados en el territorio “vacío”. Tras 1973, otro proceso de re-territorialización se habría puesto en marcha, marcado por una presencia estatal decidida, aunque fracasada según el ex Comandante

del Ejército J. E. Cheyre (2012), que resignificó la apropiación como tarea o misión de conquista como fue la construcción de la Carretera Austral y la creación de diversos parques y reservas naturales, símbolos de apropiación y control estatal. Desde 1990 la noción fronteriza vuelve a territorializarse y simbolizarse, articulándose acciones en torno a un imaginario conservacionista y turístico (Núñez *et al.* 2014; Rodríguez *et al.* 2014, 2019).

Leída en estas claves y fases la historia ambiental de la Patagonia nor-central y la producción histórico-geográfica de su condición de espacio subnacional y frontera interior, da cuenta también de la modernización en los territorios locales. La Patagonia nor-central, desde sus inicios, ha estado ligada a la intersección entre sus habitantes y poblaciones lejanas, ya sea por contactos durante oleadas migratorias como acontecía en los primeros procesos de poblamiento, como en las modernas relaciones entre este territorio y zonas alejadas con las que se interactúa en términos de relaciones geopolíticas. Vale recordar que en Chile aún existe una importante tradición geográfica política normativa, en la cual abundan referencias en torno a territorios periféricos o de frontera interior bajo términos como “anexión”, “incorporación”, “conexión”, entre otros (Núñez *et al.* 2014). Por supuesto, esto puede sentar algunas bases para hipotetizar respecto de la existencia de este tipo de procesos geopolíticos dentro de la propia Patagonia nor-central, especialmente del trato brindado, es decir, cómo llegar con el Estado, y lo que se espera de ellos dentro de la consideración de “zonas especiales” o “extremas”.

Si asumimos que la historia ambiental de la Patagonia nor-central y la producción de su condición geográfica de frontera (no integración simbólica y material), pueden replicarse dentro de la propia Patagonia asumiendo la existencia de fronteras interiores y relaciones geopolíticas desiguales dentro de ella misma (producto de sus activos y la conectividad), quizás, nuevamente dentro de esta nueva escala, es posible interrogarnos respecto de la utilidad de conceptos como historial ambiental a nivel regional. Esto, atendiendo a que la historia ambiental de un territorio no es sólo ella ni de ella o la historia ambiental de la Patagonia nor-central no basta para explicar los procesos socioambientales de ella y, además, su historia ambiental es una parte necesaria para comprender procesos socioambientales

en territorios alejados. Tal razonamiento puede incluso radicalizarse con preguntas como: ¿Para comprender la Patagonia nor-central chilena, es más relevante la historia ambiental que ha devenido dentro de ella, o es igual o de mayor importancia historias ambientales de territorios diferenciados? Algo similar, aunque con otras unidades de análisis, habría intentado esclarecer Eric Wolf (1987) al demostrar que las historias oficiales corresponden sólo a una parte – muy parcial – de procesos de escala innegablemente mayor. Una segunda interrogante que puede abrirse bajo este marco es: ¿Cómo se identifican o visibilizan estas historias ambientales y construcciones de condiciones geográficas desde los territorios invisibilizados?

La historia social, productiva y ambiental de la Patagonia nor-central (y de la Patagonia en general), tiende a ser descrita a partir de un incuestionado etnocentrismo longitudinal o eje Patagonia-Gobierno Central, donde las periodizaciones que encontramos respecto de su apropiación territorial son siempre fronterizas o periféricas a este último. Se ha prestado menos atención a la relación con territorios vecinos, tanto en Aysén como en Magallanes, donde las relaciones este-oeste han sido fundamentales para corregir al “Estado fallido” en su capacidad de territorializarse (Migdal, 2016).

Habiendo revisado parte de la historia ambiental de la Patagonia nor-central chilena, desde sus momentos iniciales (desde los primeros poblamientos humanos) hasta las actuales formas de apropiación territorial deslocalizadas (desarrolladas con una fuerte influencia de territorios y agentes lejanos), sólo queda plantear una pregunta: ¿Cuáles son las relaciones entre la historia ambiental de la Patagonia nor-central y la producción de su condición geopolítica? La respuesta, al menos la más evidente, es que se trata de una innegable relación de co-determinación, aunque un examen más detallado puede requerirse para despejar dudas. Investigar y profundizar esta interrogante puede no sólo contribuir al caso de estudio, sino también levantar pistas sobre una discusión teórica respecto de la relación entre historia ambiental, geografía social, antropología y, por cierto, la dimensión política que les conecta. De esta manera, por una parte, el análisis de este caso puede aportar al robustecimiento de dos de las corrientes de la Historia Ambiental, la política y cultural, contribuyendo al análisis aplicado y teórico de cómo la reapropiación de la naturaleza ocurre no

sólo en un orden discursivo, sino sobre todo es una lucha por la producción y apropiación de conceptos, alineándose con la incipiente pero rica tradición de historia ambiental latinoamericana, preocupada por las interfaces socioambientales durante los procesos de colonización española e independencia republicana (McNeill, 2003, 2010). Por otra, reconocer los procesos de acumulación por desposesión. Conservar, también es acumular. Las versiones “filantro-capitalistas” (Núñez *et al.* 2019), en sus versiones de parques privados, mercantilizan la naturaleza en una versión no extractivista, invisibilizando y restringiendo, o inclusive, expulsando como en el pasado, a las poblaciones locales actuales (Núñez *et al.* 2019; Rodríguez *et al.* 2019; Fundación Superación de la Pobreza, 2020).

CONCLUSIONES

Mirar las distintas apropiaciones en la Nor-Patagonia, las visibilizadas y las invisibilizadas, es hablar del metabolismo de los modos de producción. Pero también es una manera de evidenciar cierto centralismo que ha construido una mirada geopolítica del conocimiento sobre la historia oficial y que se ha elaborado como un verdadero nacionalismo metodológico e historiográfico. En nuestro trabajo hemos querido presentar esta misma historia, pero de manera no-lineal, evitando que la Nor-Patagonia quede relegada como territorio político que sólo une dos océanos. En algo más de 200 años de vida republicana, la Patagonia aún sigue siendo lejana, desconocida y administrada a distancia; la presencia del Estado sigue siendo de rol subsidiario más que proactivo. Son muy distintos los territorios vividos, económicos y políticos, y muy disímiles las imágenes de cómo el territorio ha sido experimentado internamente o en relación al exterior. Un Estado impávido aún, ante el fuego y las millones de ovejas que destruyeron la cubierta vegetal, no corresponde al ideal weberiano de Estado que se territorializa; es la política pública y son sus funcionarios territorializados lo que aparece. Los bosques exportados como durmientes o tejuelas, y las praderas deterioradas por las ovejas, ahora han sido reemplazados por fuerzas globales extractivistas que buscan su agua para producir energía, intereses asociados al turismo más exclusivo o los estuarios para la producción acuícola. La escasa población rural sigue invisibilizada y sujeta

a fuertes presiones por la patrimonialización de la naturaleza, pero aún están los recursos ahí. La historia ambiental de la Patagonia es la historia permanente de su propia reescritura y su territorialización y re-territorialización. Estamos al Sur, pero cada vez más cerca del último Sur, el de los últimos ecosistemas prístinos. De qué se trata entonces: de la lucha y apropiación del sentido de una cultura, para escribir la historia ambiental.

BIBLIOGRAFÍA

- Aleuy, O. (2012). Memorial de la Patagonia. Aysén. Ril Editores.
- Álvarez, R. (2004). Conchales arqueológicos y comunidades locales de Chiloé a través de una experiencia de educación patrimonial. *Chungará*, 36, 1151-1157.
- Álvarez, R. (2016). Reflexiones en torno a la ubicación espacial de corrales de pesca en Chiloé insular y continental. En *Arqueología de la Patagonia, de mar a mar. IX Jornada de arqueología de la Patagonia* (pp. 213-223). Nire negro.
- Álvarez, R. (2020). Fueguinos y patagones en el imaginario de los navegantes europeos. En *Estrecho de Magallanes, tres descubrimientos* (pp. 77-87). Banco Santander.
- Álvarez, R., Munita, D., Fredes, J., y Mera, C. (2008). *Corrales de pesca en Chiloé*. América.
- Álvarez, R., Navarro, M., Saavedra, G., y Donoso, C. (2014). Referencias exploratorias sobre el lago Presidente Ríos, para sortear el istmo de Ofqui, península de Taitao, región de Aysén. *Magallania*, 43(1), 91-101.
- Álvarez, R., Brañas, F., Boldt, J., Ther, F., Hidalgo, C., y Bugueño, Z. (2017). Invisibilidad insular en la región de Aysén. *Revista de Aysenología*, 4, 16-24.
- Aravena, G. (2016). *Chiloé 1826: El proceso de incorporación de Chiloé a la república de Chile. 1813-1831*. Ediciones 1826.
- Araya, B. (1991). *Aysén siglo XXI*. Imprenta Carabineros de Chile.
- Bandieri, S. (2011). *Historia de la Patagonia*. Penguin Random House Grupo Editorial Argentina.
- Bascopé, J. (2009). De la exploración a la explotación. Tres notas sobre la colonización de la Patagonia austral. *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*. Vol. nº 9. <<http://nuevomundo.revues.org/56645>>. [23 de marzo de 2016]. <http://doi.org/10.4000/nuevomundo.56645>.
- Brugerolles, P. (2009). *Análisis de la alteración actual de los ecosistemas de la Patagonia de Aisén, con posterioridad a grandes fuegos del siglo pasado entre los 45° 33' - 45° 57' S. Sector entre el río Simpson y el norte del lago General Carrera*. Memoria para optar al título de Geógrafo. Universidad de Chile.
- Casamiquela, R. (1965). *Rectificaciones y ratificaciones hacia una interpretación definitiva del panorama etnológico de la Patagonia y área septentrional adyacente*. Instituto de Humanidades de la Universidad Nacional del Sur.
- Castro Herrera, G. (2005) De civilización y naturaleza. Notas para el debate sobre la historia ambiental latinoamericana. *Polis*. [En línea]. Vol. 10. <<http://polis.revues.org/7594>>. [23 marzo 2016].
- Cheyre, J. (2012). Entrevista, Radio Universidad de Chile.
- Escalada, F. (1949). *El complejo 'Tehuelche': Estudios de etnografía patagónica*. Instituto Superior de Estudios Patagónicos.
- Escobar, E. (2011). Organización del espacio y problemática territorial en la Región de Aysén, Patagonia chilena. *Revista de Historia y Geografía*, 25, 29-54.
- Fundación Superación de la Pobreza (2020). *Ruralidad a contraluz. Un análisis sobre inequidades territoriales en las localidades de la región de Aysén*. Estudio regional Aysén.
- Gallini, S. (2005). Invitación a la historia ambiental. *Revista Tareas: Historia ambiental Latinoamericana*, Nro. 120 (pp. 5-28). Disponible en: <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/panama/cela/tareas/tar120/gallini.rtf>
- Grosse, J. A. (1990). *Expediciones en la Patagonia Occidental: hacia la carretera austral*. Editorial Andrés Bello.
- Harambour, A. (2019). *Soberanías Fronterizas. Estados y Capital en la Colonización de la Patagonia (Argentina y Chile, 1830-1922)*. Ediciones UACH.
- Ibáñez S, A. (1973). La incorporación de Aisén a la vida nacional, 1902-1936. *Historia*, 11, 259-378.
- Ludwig, L. (2013). *Puyuhuapi. Curanto y Kuchen. Historia oral de un pueblo en Aysén*. Valdivia: Ediciones Kultrún.
- Martinic, M. (2004). *De la Trapananda al Aysén*. Pehuén editores.
- Mayorga, M. (2020). *Pieles, tabaco y quillangos. Relaciones entre loberos angloestadounidenses y aborígenes australes en la Patagonia (1780-1850)*. Subdirección de Investigación, Servicio Nacional del Patrimonio Cultural.
- McBride, J. (1938). *Chile: su tierra y su gente*. Prensas de la Universidad de Chile.
- McNeill, J. R. (2003). Observations on the Nature and Culture of Environmental History. *History and Theory*, 42(4), 5-43.
- McNeill, J. R. (2010). The State of the Field of Environmental History. *Environment and Resources*, 35, 345-374.
- Migdal, J. (2016). *Estados débiles, Estados Fuertes*. FCE.
- Molinet, C., Solari, M. E., Díaz, M., Marticorena, F., Díaz, P. A., Navarro, M., y Niklitschek, E. (2018). Fragmentos de la historia ambiental del Sistema de Fiordos y Canales Nor-Patagónicos, Sur de Chile: dos Siglos de Explotación. *Magallania*, 46(2), 107-128.
- Munita, D. (2007). *Materias primas líticas en sitios costeros del*

- extremo sur septentrional de Chile. Dispersión y apropiación. Arqueología de Fuego-Patagonia.* Chile: Ediciones CEQUA. Munita, D., Mera, R., y Álvarez, R. (2016). Una historia de seis mil años. *Chiloé*, Museo de Arte Precolombino (pp. 58-85). Muñoz Miranda, Osvaldo (1989) Una visión histórico-jurídica de las relaciones chileno-argentinas: experiencias de una política territorial. En F. Orrego (Ed.), *Chile y Argentina: Nuevos enfoques para una relación constructiva* (pp. 49-60). Pehuén editores.
- Núñez, A., Aliste, E., y Bello, A. (2014). Patagonia-Aysén en la construcción del imaginario geográfico de la nación. *Iztapalapa Revista de Ciencias Sociales y Humanidades*, 76(35), 165-188.
- Núñez, A., Miranda, F., Aliste, E., y Urrutia, S. (2019). Conservacionismo y desarrollo sustentable en la geografía del capitalismo. Negocio ambiental y nuevas formas de colonialidad en la Patagonia – Aysén. En A. Núñez, E. Aliste y R. Molina (Comps.), *(Las) Otras Geografías en Chile. Perspectivas sociales y enfoques críticos* (pp. 23-46). LOM Ediciones.
- Ortega, H., y Brünning, A. (2004). *Aysén. Panorama histórico y cultural XI región*. LOM Ediciones.
- Osorio, M. (2007). Aysén territorio y Aysén humanidad. Itinerario de una construcción social de la(s) Identidad(es) regional(es). En M. Osorio, G. Saavedra y H. Velásquez (Eds.), *Ensayos antropológicos sobre la región de Aysén* (pp. 9-34). Ñire Negro.
- Otero, L. (2006). *La huella del fuego. Historia de los bosques nativos. Poblamiento y cambios en el paisaje del sur de Chile*. Pehuén.
- Paredes, P. (2020). Volteo a lumas: Apropiación, resistencia y desaparición de una tecnología agraria nativa en el archipiélago de Chiloé (Chile). *Revista Austral de Ciencias Sociales*, 38, 31-54.
- Reyes, O. (2017). *El poblamiento del archipiélago de los Chonos (43° - 47°S). Patagonia Occidental. Chile*. Tesis Doctoral, Universidad de Buenos Aires.
- Rodríguez T, J. C., Medina H, P., y Reyes H, S. E. (2014). Territorio, Paisaje y Marketing Global: Imaginarios en la Construcción de la Patagonia Como Marca. *Magallania*, 42(2), 109-123.
- Rodríguez T, J. C., Sáenz, J., Gissi, N., y Mandujano, F. (2019). Ruralidad y “Frontera Interior” en la Patagonia Chilena: Unidades Domésticas, Vida Cotidiana y Nuevos Ejes para su Comprensión. *Magallania*, 47(1), 41-63.
- Saavedra, G. (2007). Las economías silenciosas del litoral aisenino. En M. Osorio, G. Saavedra, y H. Velásquez (Eds.), *Ensayos antropológicos sobre la región de Aysén* (pp. 35-64). Ñire Negro.
- Sáenz, J. (2015). *Territorio rural y sus transformaciones ante procesos de globalización en la subregión transandina de la Provincia de Palena, Patagonia chilena*. Memoria para optar al título de Antropólogo. Universidad de Chile.
- Sepúlveda, L. (2020). Línea de Base Social de las Áreas Protegidas de la Patagonia chilena. Programa Austral Patagonia de la Universidad Austral de Chile, Valdivia, Chile.
- Simmons, I. G. (1993). *Environmental History: A Concise Introduction*. Cambridge, MA: Blackwell.
- Simpson, E. (2011). *Viajes de exploración por los archipiélagos australes*. Ofqui Editores E.I.R.L.
- Solari, M. E., Skewes, J. C., Navarro, M., y Paillacheo, F. (2012). Historia ambiental de los archipiélagos de la Trapananda (Patagonia septentrional, Chile): desafíos para la conservación de la ballena azul. *Cultura Hombre Sociedad*, 22(1), 115-130.
- Ther R, F. (2011). Configuraciones del Tiempo en el Mar Interior de Chiloé y su relación con la apropiación de los Territorios Marítimos. *Revista Desenvolvimento e Meio Ambiente*, 23, 67-80.
- Torrejón, F., Cisternas, M., Alvial, I., y Torres, L. (2011). Consecuencias de la tala maderera colonial en los bosques de alerce de Chiloé, sur de Chile (siglos XVI-XIX). *Magallania*, 39(2), 75-95.
- Ulloa, A. (2014). Fronteras porosas, culturas híbridas: hacia un pensamiento del otro en la colonización de la Patagonia central. En Sociedad de Historia y Geografía de Aysén (SOHIGEO) (Ed.), *Actas IV y V Seminario “Un encuentro con nuestra historia 2008-2010”* (pp. 184-202). Coyhaique. Universidad Austral de Chile, Pontificia Universidad Católica de Chile y Universidad Católica de Temuco (1999). *Catastro y evaluación de recursos vegetacionales nativos de Chile, informe Regional Región XI*. Proyecto CONAF, CONAMA, BIRF.
- Urbina, X. (2011). Análisis histórico-cultural del alerce en la Patagonia septentrional occidental, Chiloé, s. XVI al XIX. *Magallania*, 39(2), 57-73.
- Vieira, P. F., y Weber, J. (1997). *Introdução geral: sociedades, naturezas e desenvolvimento viável. Gestão de recursos naturais renováveis e desenvolvimento. Novos desafios para a pesquisa ambiental*. Cortez.
- Villagrán, J., Núñez, A., y Hidalgo, R. (1997). Políticas públicas y ocupación del territorio en la XI Región de Aysén. *Revista de Geografía Norte Grande*, 24, 11-18.
- Wolf, E. (1987). *Europa y la gente sin historia*. Argentina: Fondo de Cultura Económica.